

Un partisano del Estado

Andrés Rosler / Universidad de Buenos Aires - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Jorge Dotti pertenece a la muy exclusiva clase de lo que podríamos denominar como “ser humano-institución”. La sola pronunciación de su nombre evoca mucho más que un profesor de filosofía con su muy distinguida trayectoria, sino una manera de ser y de comportarse, así como una forma de entender la filosofía.

Sus inolvidables clases transformaban a los que asistían a ellas. No puedo olvidar la primera clase que tuve con él que resultó ser sobre Hegel. Para cuando llegó a la explicación de los motivos rosacrucianos que subyacen al prólogo de los *Lineamientos básicos de la filosofía del derecho*, yo ya me había dado cuenta de que quería hacer –si no ser– exactamente lo mismo que él. Debe haber pocas cosas más irónicas, por no decir paradójicas, que pensar en semejante utopía justamente en razón de uno de los textos que más y mejor advierten sobre los peligros de ir en búsqueda de “un *más allá* que sabe Dios dónde estará”.¹

Como buen hegeliano, Dotti le rendía culto a la eticidad. A su muy sofisticado gusto cultural en literatura, música, cine, el arte en general, le sumaba su devoción por dos clubes de fútbol: River y Atlanta (diría que en ese orden). Una vez en la cancha de River le pregunté cómo hacía para reconciliar, por ejemplo, la filosofía trascendental kantiana y la popular, y me contestó sabiamente que todos los seres humanos necesitan mitos. A esto habría que agregar un profundo sentido del humor, que suele ser distintivo de la inteligencia. Su inteligencia además se podía percibir sobre todo cuando opinaba sobre cuestiones que no pertenecían a su especialidad. Dotti no era un burócrata de la enseñanza y de la investigación, sino un verdadero intelectual (a falta de una palabra que en estos días designe mejor lo que estoy tratando de decir).

La influencia de Dotti no se debía a que él impusiera algún tipo de *potestas*, sino a su *auctoritas*, que por definición opera gracias a su poder de atracción. Sus alumnos y discípulos tenían plena libertad para elegir sus temas de investigación e incluso podían estar en las antípodas del pensamiento de Dotti. Basta pensar en el caso del recordado Claudio Amor, un filósofo político brillante, a quien también extrañamos mucho. Claudio era un liberal –si se me permite la palabra– que también se había acercado a Carlos Nino, pero siempre se reconoció como un discípulo de Dotti, en cuya cátedra de filosofía política en la UBA trabajó toda su vida.

Hablando de Nino, su breve paso por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA a comienzos de la última restauración democrática era bastante resistido por los estudiantes de filosofía

¹ Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Grundlinien des Philosophie des Rechts*, Frankfurt, Suhrkamp, 1986, p. 24.

política, ya que sus apreciaciones en defensa de los derechos humanos no eran compartidas por quienes invocaban *La cuestión de judía* de Marx para señalar que los derechos eran una creación burguesa que enmascaraba la dominación estatal bajo el capitalismo. Las cosas han cambiado significativamente desde entonces.

Nino tampoco se imponía sobre sus discípulos –tal como lo muestra el caso de Claudio Amor–, pero creía que la filosofía debía ser estudiada del mismo modo que la ciencia moderna, a saber, como una disciplina cuya historia era irrelevante para quienes se dedican al pensamiento contemporáneo. Un hegeliano de raza como Dotti no podía estar más en desacuerdo. Para él, la filosofía *era* historia de la filosofía, pero no porque la historia estuviera a cargo del pensamiento sino que, al revés, como dice Carl Schmitt en su ensayo sobre “La era de las neutralizaciones y las despolitizaciones”, “todo conocimiento histórico es conocimiento del presente”: “muchos nos han dicho desde Hegel que todo espíritu [*Geist*] es solamente espíritu presente y el que mejor lo ha hecho fue Benedetto Croce”.²

De ahí la importancia que Dotti le concedía al estudio de los clásicos para la filosofía política. Solíamos reírnos de la sabiduría que contiene ese verdadero tópico de los comentaristas deportivos: “un clásico es un partido aparte”. Friedrich Schlegel dice básicamente lo mismo aunque de un modo más elegante: “Un escrito clásico nunca se debe poder entender completamente. Pero los que están educados y se educan siempre deben querer aprender más de él”.³

Creo que Dotti hubiera estado de acuerdo en que el estudio de los clásicos ofrece la posibilidad de lograr lo imposible, una “revolución conservadora” por así decir. Quienes se interesan por la historia del pensamiento –en este caso político– tienen una actitud conservadora en la medida en que su objeto de estudio pertenece a una tradición (“clásico” como aquello que pertenece a cierta época “antigua”), al mismo tiempo que las propiedades normativas de su objeto de estudio (“clásico” como “valioso”, aquello que pertenece a todas las épocas) les permite usar a los clásicos para transformar su realidad. Los modernos conscientes de sí mismos, en cambio, creen ser tan superiores que no necesitan perder tiempo estudiando a los autores pasados, aunque probablemente no les desagrade a ellos mismos transformarse en clásicos en la medida en que aspiran a la universalidad y por lo tanto a ser leídos no solo por su propio tiempo sino además por las futuras generaciones.

A fines de la década de 1980, cuando muy pocos se animaban siquiera a proponer la idea, Dotti ya se había dado cuenta de que Carl Schmitt es un clásico. En realidad, es muy difícil no llegar a la misma conclusión después de haber estudiado a fondo la obra de Hobbes y la de Hegel, lo cual era exactamente el caso de Dotti. Fue por eso que después de haberse ocupado de la filosofía política moderna como muy pocos, Dotti sintió la necesidad de dedicarse al pensamiento de un autor cuya sola invocación conjuraba –si no es que todavía lo hace– los espíritus del último círculo de los más variados infiernos. Después de todo, fue solo gracias a su “mamotreto” –como a él le gustaba llamarlo– *Carl Schmitt en Argentina* (2000) que hoy cualquiera puede dedicarse al jurista de Plettenberg sin ser por eso considerado automáticamente un fascista (y no en el

² Carl Schmitt, *Der Begriff des Politischen*, Berlín, Duncker & Humblot, 1963, p. 79.

³ Cit. en Hans-Georg Gadamer, *Wahrheit und Methode. Grundzüge einer philosophischen Hermeneutik*, 6ta. ed., Tübingen, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), 1990, p. 295, n. 218.

buen sentido de la palabra, como dice Sacha Baron Cohen). Solo una persona con las cualidades intelectuales y éticas de Dotti pudo haber logrado semejante transformación. Para cualquier otra persona hubiera significado el fin de su reputación y probablemente también el de su carrera.

Por supuesto, teniendo en cuenta la “polémica” decisión de Schmitt de colaborar con el nazismo e incluso afiliarse al partido el 1 de mayo de 1933, cabe preguntarse qué fue lo que Dotti había visto en Schmitt bastante antes de que la obra del autor de *El concepto de lo político* se convirtiera en una moda. Irónicamente, la respuesta en gran medida figura en un informe de la SS luego de que Schmitt cayera en desgracia con el régimen en 1936. Quienes se dedicaban a velar por la pureza de la ortodoxia nacionalsocialista llegaron a la conclusión de que si bien Schmitt se hacía pasar por nazi, en el fondo era esencialmente un pensador católico, conservador y que encima se había rodeado de judíos.⁴

Como muestra bastan algunos botones como Otto Kirchheimer, Franz Neumann, Walter Benjamin y sobre todo Ludwig Feuchtwanger, el CEO de Duncker Humblot, editor personal de todas las publicaciones de Schmitt en esa editorial hasta 1932: *Romanticismo político* (1919 y 1925), *Teología política* (1922), *La dictadura* (1922 y 1928), *La situación histórico-espiritual del parlamentarismo actual* (1923), *Teoría de la constitución* (1928), la segunda edición de *El concepto de lo político* (1932) y *Legalidad y legitimidad* (1932). Feuchtwanger no solo era un “yeke” (judío alemán), sino que además era un socialista discípulo de Gustav Schmoller, con muy estrechos vínculos con la Asociación para la Política Social (*Verein für Sozialpolitik*) y que junto a la de Schmitt en Duncker & Humblot publicaba la obra de autores como Max Weber y John Maynard Keynes.

La primera edición del célebre ensayo de Schmitt sobre *El concepto de lo político* es de 1927, la segunda es de 1932 y precisamente en 1932 Schmitt fue uno de los muy pocos juristas de Weimar que abogó por la prohibición del partido nacionalsocialista y por medidas de excepción para impedir el acceso de Hitler al poder: “no se puede trazar línea alguna de asociación entre los escritos de Schmitt anteriores a 1933 y su comportamiento después de la toma del poder”.⁵

Schmitt advierte sobre el peligro nacionalsocialista no solo en sus escritos académicos, sino en varios periódicos como el *Tägliche Rundschau* (“Panorama diario”), en cuya edición del 19 de julio de 1932 se lee en una “aplicación práctica” de su ensayo *Legalidad y legitimidad* que quienes le procuraran la mayoría a los nacionalsocialistas actuarían como “insensatos”, ya que les estarían ofreciendo la posibilidad de llevar a cabo una revolución legal: “cambiar la constitución, introducir una iglesia de Estado, disolver los sindicatos, etc.”. En pocas palabras, quien hace esto “entrega Alemania totalmente a este grupo”.⁶

Asimismo, el estudio de la obra de Schmitt permite poner en cuestión la “casi indiscutida idea de que las atrocidades del nazismo fueron el efecto de la exageración y distorsión irracionales de principios e ideas que están presentes en la justificación del Estado absolutista y que fueron entendidos –por la filosofía alemana– y puestos en práctica –de Bismarck a Hitler– violando la

4 V. Helmut Quaritsch, *Positionen und Begriffe Carl Schmitts*, 3ra. ed., Berlín, Duncker & Humblot, 2010, pp. 28-29.

5 Günter Maschke, *Der Tod des Carl Schmitt*, 2da. ed., Viena, Karolinger Verlag, 2012, p. 129.

6 Cit. en Gabriel Seiberth, “Legalität oder Legitimität? ‘Preußenschlag’ und Staatsnotstand als juristische Herausforderung für Carl Schmitt in der Reichskrise der Weimarer Endzeit”, en Piet Tommissen (ed.), *Schmittiana*, vol. VII, Berlín, Duncker & Humblot, 2001, p. 151.

racionalidad del liberalismo anglosajón”. Sin embargo, como explica Dotti, la contraargumentación schmittiana destaca que en el origen de las atrocidades totalitarias está precisamente el fenómeno contrario, la liquidación de la lógica de la soberanía y el sometimiento de lo público estatal a los intereses de las distintas corporaciones y facciones económicas, las presiones de sectores y actores políticos, culturales, religiosos, societales de variado tipo, que invocan abstracciones universalistas para promover sus perspectivas particularistas. La hegemonía de las facciones que mejor han presentado sus perspectivas antiestatales recurriendo a conceptos universales novedosos y adecuados a las sociedades de masas, en la situación potencialmente explosiva de la posguerra, ha llevado a conflictos incontenibles, a la guerra total simultáneamente nacional e internacional, militar y civil, criminalizadora del adversario al reducirlo a enemigo del género humano y, como tal, indigno de todo respecto.⁷

Su estudio “De Karl a Carl” le permitió a Dotti advertir la asociación que hace Schmitt entre el liberalismo y el comunismo. Ambos discursos son especies que pertenecen al género progresista, es decir, se caracterizan por su pretensión de eliminar toda trascendencia y de reducir la dinámica social “a la relación horizontal entre productores libres de mercancías, que intercambian sus productos en el mercado económico”. El comunismo tal como lo entiende Marx permite la emergencia del mercado puro, sin distorsión social o política alguna. De ahí que Locke y Marx coincidan en la “premisa metafísico-materialista”. Marx comparte “los supuestos culturales y, en especial, el principio metafísico que subyace en la forma de vida burguesa que está criticando”.⁸

Lo mismo sucede con la manera en que Marx entiende el trabajo, la cual pertenece a la misma familia doctrinaria que el utilitarismo burgués denunciada en su crítica de la economía política, ya que su ataque a “la explotación capitalista presupone la doctrina del productor-propietario (la propiedad pertenece a quien produce con su trabajo el objeto poseído), argumento fundacional del liberalismo en Locke”, solo que el comunismo es todavía más economicista que el liberalismo, “la versión extrema y la moderada de una misma visión básica de las cosas”.⁹

Un schmittiano entonces tiene que hacer frente a la “metafísica de la inmanencia economicista” de las pretensiones hegemonizantes o totalizantes tanto del liberalismo como del comunismo, ya que ambas construyen “ficciones utópicas de convivencias sin enemistad política, sin conflictividad social” y debe reivindicar “el elemento político-jurídico que constituye la cifra de lo singular, irrepetible y único en la historia de los humanos: la decisión soberana a la luz del criterio de lo político”.¹⁰

Quien –tal vez con la mejor de las intenciones– busca la inclusión total, es decir trata de eliminar lo político, termina allanando el camino para el totalitarismo, la más feroz de las exclusiones. Este es el mensaje schmittiano que tanto le gustaba transmitir a Dotti: “El verdadero problema de la revolución no es hacerla, sino cerrarla”.¹¹

7 Jorge Dotti, “Filioque. Una tenaz apología de la mediación teológico-política”, en Carl Schmitt, *La Tiranía de los Valores*, traducción de Sebastián Abad, Buenos Aires, Hydra, 2009, p. 70.

8 Jorge Dotti, “De Karl a Carl: Schmitt como lector de Marx”, en Chantal Mouffe (ed.), *El desafío de Carl Schmitt*, Prometeo, Buenos Aires, 2011, pp. 134, 170, 134.

9 Jorge Dotti, “De Karl a Carl: Schmitt como lector de Marx”, *op. cit.*, p. 160.

10 Jorge Dotti, “De Karl a Carl: Schmitt como lector de Marx”, *op. cit.*, p. 155.

11 Jorge Dotti, “Incurtus teológico-político”, en *Las vetas del texto*, 2da. ed., Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009, p. 277.